

Relatos de horror

David Gamboa Barron



Capítulo 1

Premoniciones

Resulta que siempre fui de tener pesadillas.

A lo largo de los años, sobre todo cuando era mas pequeño, solía tener sueños desagradables, tantos que se volvió una costumbre, por lo que terminé adaptándome. En un momento, mis padres estuvieron tan preocupados, que decidieron llevarme al médico, pero este les mencionó que no debíamos preocuparnos, que a esa edad eran frecuentes, y que posteriormente disminuirían.

Los años fueron pasando y me di cuenta que lo que yo tenía no era normal, y mis padres creyeron que las había superado por lo que empezaron a olvidarse del tema. Era imposible que en la adolescencia siguiera con tantas pesadillas, así que empezaba a preocuparme bastante. Investigué en Internet, y llegué a encontrar resultados de trastornos mentales, traumas, pero yo estaba de seguro de que no tenía nada de eso. Lo mío se estaba volviendo peor.

Fue a los 17 años cuando empecé a darme cuenta de todo. No eran pesadillas, no era un trastorno ni traumas.

Eran premoniciones...

Me di cuenta un día en el que desperté sobresaltado. Había soñado que estaba con mis vecinos, los Molina. Sin razón, estaba cenando en su casa, y en un momento de la noche, el gato de la familia escapó. Y fue en ese momento que desperté.

Ese mismo día el gato de los Molina no estaba.

Al principio creía que eran casualidades muy grandes, pero luego de tres o cuatro sueños, me di cuenta que lo que yo tenía era un tipo de don. Con el paso del tiempo, mis sueños empezaron a mejorar, ya no eran pesadillas en sí, sino sueños normales en los que podía llegar a anticipar ciertas cosas del futuro. Además me di cuenta de que en el momento en el que tenía la "visión" automáticamente me despertaba. No se lo podía contar a mis padres, principalmente porque no me creerían semejante historia, o podían llegar a tomarlo muy mal. Podrían llevarme otra vez al doctor, y esta vez terminar internado en algún loquero o algo por el estilo.

A diario, utilizaba lo visto en mis sueños para evitar pequeños accidentes, como la caída de un florero, alguna tarea de la que me había olvidado.

Definitivamente, mis sueños se transformaron en una ventaja.

Hasta esa noche.

Pronto me di cuenta que no era un sueño como los demás, se parecía a las horribles pesadillas que tenía de chico. El simple hecho de recordar lo que sufría con esos sueños me puso muy nervioso y empezó a temblarme el cuerpo frenéticamente.

Estaba en la cocina, con la luz de la lámpara con una energía mínima, a punto de apagarse. No tenía razón aparente para estar ahí, era confuso, en mis sueños no solía estar tan desconcertado, la mayoría de las veces tenía un propósito, pero esta vez era distinto.

Esperando ver lo que podía llegar a anticipar, empecé a escuchar pasos fuera de la casa, por lo que me dirigí a la entrada. Estaban intentando abrir la puerta.

En ese momento me puse a pensar. ¿Qué debía hacer?. No estaba seguro de que era lo que decía anticipar. Si acaso nos estaban intentando entrar a robar, pero no iba a ser más que un intento de robo frustrado. La puerta estaba con llave.

Se me ocurrió una idea.

Si abría la puerta, podría llegar a ver a los ladrones, para así culparlos al día siguiente cuando despertara, ya que mi barrio no era muy grande, los culpables no serían difíciles de ubicar. Por lo que decidí abrí la puerta.

Dios, si tan solo me hubiese dado cuenta uno o dos segundos antes. Yo ya había visto lo que iba a suceder, por lo que ya tendría que haberme despertado.

Tras abrir la puerta, los encapuchados, confundidos, entraron frenéticamente tirándome al piso, para dirigirse a la habitación de mis padres. En el momento exacto en el que escuché el primer disparo, entendí.

Tenía sed. Ese era mi propósito. Por eso estaba en la cocina.

Simplemente fui por un vaso de agua...

Capítulo 2

La Marca del Diablo

Existen cosas que van más allá de nuestra lógica, ocasionando que muchas personas se tomen como una broma todo hecho que no pertenezca al mundo que somos capaces de ver y escuchar. Ese fue el caso de estos dos hermanos, que a modo de juego y para averiguar quien era el más miedoso, elaboraron una ouija en casa. Como era de esperarse, uno de ellos sí que le tenía miedo a los espíritus, sin embargo accedió a jugar al verse presionado por el otro.

Esa noche, apenas sus padres salieron de casa hacia un compromiso, dieron inicio al macabro juego. Primero colocaron un vaso sobre la improvisada tabla y manipulándolo con los dedos, comenzaron a hacer las típicas preguntas de principiantes:

—¿Hay alguien en esta habitación?, ¿Alguien que quiera hablar con nosotros? — el más valiente de los chicos preguntaba en voz alta, mientras su hermano miraba con inquietud, como el vaso se desplazaba por si solo y de manera rápida por el tablero

— ¿Quién eres? — insistió el otro niño.

Dos palabras fueron deletreadas en la ouija.

E L D I A B L O

Al leer esto, el hermano pequeño quiso escapar de la habitación, corriendo y gritando aterrorizado; sin embargo, sus dedos no podían soltarse del vaso, que seguía moviéndose para contestarle a su hermano.

—¿Estás aquí? ¡Te ordeno que te manifiestes!

En ese momento, una densa neblina comenzó a inundar la habitación, y los hermanos se desprendieron del caso como pudieron. Asustados, se encogieron en un rincón en tanto una figura se materializaba ante ellos. Se trataba de un rostro deforme y demoníaco, que emitía malévolas carcajadas.

Por suerte para los niños, la niñera que los estaba cuidando escuchó el escándalo y fue a ver que pasaba.

En cuanto abrió la puerta la niebla se desvaneció, revelando a dos chicos muy pálidos y asustados.

—¿Pero qué ha sucedido aquí? ¿Qué estaban haciendo? — inquirió ella,

mirando la ouija y el vaso en el suelo.

Los niños le contaron todo lo que había ocurrido a la muchacha. Si bien cualquier persona en su lugar no habría creído una palabra, ella lo hizo y decidió que de ahora en adelante iba a cuidarlos mejor. Desde entonces no ha dejado de vigilarlos, ya que aquella noche, una extraña marca apareció en la cabeza de los niños, en forma de quemadura. Está formada por los números 666. Y esa marca significa que sus almas ahora son propiedad del Diablo.

Capítulo 3

La Copa de Cristal

De nuevo una pesadilla... Con las piernas temblorosas, me levanté a tomar un vaso de agua fría. Me senté en la mesa ubicada en el centro de la sala a tomarla y a calmarme.

De un momento a otro las copas colgadas en el modular de la cocina comenzaron a caerse, tomé otro sorbo de agua y rodé los ojos fastidiado. Me levanté a limpiar ese desastre y una voz masculina me susurró a mis espaldas. Volví a rodar los ojos, llené nuevamente el vaso de agua fría y me dirigí a la habitación de mi abuela dejándoselo en la mesita de luz.

Le di un beso en la frente y acomodé su camisón, sin tocar el trozo de cristal clavado en su cuello.

Capítulo 4

La Viuda Blanca

Hace mucho tiempo, en un archipiélago llamado Nantucket, ubicado en la isla de Massachusetts, se encontraba una mansión embrujada. Se dice que aquella mansión fue alquilada por una familia que fue de vacaciones al archipiélago, ellos tenían una hija de diecisiete años, llamada Estefanía.

Una noche de tormenta, mientras la muchacha dormía sola en un cuarto, se le apareció el fantasma de una mujer. Estefanía pegó un grito desesperado y la sombra de aquella mujer desapareció.

Sus papas corrieron a verla y ella les contó todo. Su padre le relató una historia sobre aquella sombra, conocida como la viuda blanca. Se decía que hace bastante tiempo, ahí habitaba otra familia, el padre era un capitán muy conocido, su esposa era de una familia de alcurnia. Ambos tuvieron un hijo.

Un día el capitán salió en una misión, tenía que cruzar el Océano Atlántico sorteando fuertes corrientes. Lamentablemente el buque se hundió y él perdió la vida junto a su tripulación. Tiempo después su esposa desapareció junto a su hijo.

Estefanía empezó a investigar aquella historia con unos amigos que tenía en la isla. Lo único que descubrieron, hacia el final de las vacaciones, fue que los fantasmas habían quedado atrapados en la ciudad por el hechizo de una antigua bruja.

Capítulo 5

Debajo de la Cama

A mí siempre me dio mucho miedo el ver debajo de mi cama, esa es la razón por la que hoy en día estoy muerto. Todos los días sin falta, le decía a mi papá que revisara debajo de mi cama por si acaso, y cuando dormía siempre dejaba la luz prendida.

Llegó mi cumpleaños y yo estaba entusiasmado, pues me iban a comprar mi primer celular. Llegamos a casa como a las 9:30 pm y recuerdo haber descargado muchos juegos; por desgracia me quede dormido y el teléfono cayó al suelo. Unas horas después lo busqué y pude notar que estaba bajo mi cama, metí la mano y algo me arrastró hacia un hoyo oscuro, frío y sin salida. Por la mañana mis padres me buscaron, y continuaron haciéndolo, pero nunca me encontraron.

Así que ahora ya lo sabes, nunca metas la mano bajo la cama, ni siquiera por curiosidad, porque está demás decir que habrá consecuencias.

Capítulo 6

El Anillo del Brujo

Nadie pudo entender como aquel hombre, al que no le faltaba de nada, había tomado la decisión de dejar todo atrás para vivir en una humilde cabaña, oculta entre las montañas. Cualquiera habría dicho que llevaba una vida de ensueño, con familia, lujos y una casa que muchos envidiarían. No obstante, un buen día tomó a su esposa, a sus tres hijos y no volvió a tener contacto con la civilización.

Así transcurrió el tiempo, los cinco pasaron años sin la compañía de nadie, y el padre se vio alcanzado por su propia vejez. Cuando estaba a punto de morir, pidió ver a sus hijos. No quería marcharse sin desvelarles el oscuro secreto que le había permitido alcanzar al éxito y que a la vez, había sido el motivo de su aislamiento.

Les confesó que tenía en su poder un anillo, que en tiempos pasados había pertenecido a un poderoso hechicero. Gracias a este objeto, había sido capaz de conseguir todo lo que deseaba, dinero, propiedades, autos... lo único que el anillo pedía a cambio era el alma buena de un hombre. Muchas personas habían sacrificado todo lo que poseían para obtenerlo, con tal de lograr sus objetivos. Jamás había conocido a sus anteriores portadores, ya que no eran ellos quienes elegían la joya, sino lo contrario.

El anillo los buscaba, ávido de sus almas.

En el pasado, el hombre había hecho muchas cosas malas de las que estaba arrepentido, por eso se había aislado del mundo. De esta manera, no podía codiciar nada más aparte de su propia felicidad y el resto de la gente se mantenía a salvo.

Había querido deshacerse del anillo, pero decidió conservarlo por miedo a que otros lo encontraran y lo usaran para hacer el mal. Su único deseo era que después de morir, sus hijos se convirtieran en los guardianes del secreto y evitaran que su poder hiciera sufrir a más personas inocentes. Lamentablemente, los muchachos pensaban distinto.

Al saber donde se encontraba, comenzaron a pelear entre sí por poseer el anillo. Se hirieron a traición y de maneras brutales, hasta que solo uno quedó con vida y se colocó la joya en el dedo anular. Al hacerlo un ardor horroroso se apoderó de su cuerpo, llamas de fuego brotaron de su piel, quemándolo desde las entrañas, haciendo que se retorciera y gritara de agonía. Por fuera, su cuerpo lucía intacto, pero en el interior cada uno de

sus órganos se carbonizó.

Al final él también cayó muerto, pero segundos después, su cadáver volvía a levantarse...

Lo que los hijos de aquel hombre no sabían, era que no debían usar el anillo para pedir sus deseos. Con dirigirse a él era suficiente, pues un alma pura bastaba para aprovechar su poder. Sin embargo, un alma corrupta era lo que el hechicero necesitaba para volver a la vida.

Resucitó en el cuerpo del joven y bajó de la montaña para ver el mundo, dispuesto a extender un reinado de oscuridad y desesperación.

Capítulo 7

La Vías del Ferrocarril

Hace muchos años fui de visita con uno de mis primos hasta la ciudad de San Antonio, en Texas. Como en otros estados de la Unión Americana, aquí abundaban las historias sobre sitios encantados y apariciones con las que era mejor no toparse en medio de la noche. La leyenda que más nos llamaba la atención, era la de unas vías de ferrocarril abandonadas. Los lugareños comentaban que estaban embrujadas.

Recuerdo que la historia, aunque escalofriante, siempre me había parecido poco verosímil. La misma trataba de lo siguiente:

Un día, los chicos de una clase de primaria fueron a hacer una excursión. Se montaron todos en el autobús escolar y se pasaron el día completo afuera, sin imaginar la desgracia que el destino les había reservado. Al atardecer, el bus se dispuso a regresar al colegio donde serían recogidos por sus padres, solo que durante el trayecto tenían que pasar cerca de la estación de ferrocarriles.

Ansioso por terminar con su turno como chófer, el conductor quiso tomar un atajo y sin avisarle a los profesores, decidió atravesar una de las vías, aparentemente solitaria. Justo cuando se encontraba en medio, el autobús se apagó y el silbido distante de una locomotora se anunció, aterrando a los niños. Desesperado, el chófer intentó encender el transporte una y otra vez sin éxito. Las puertas no respondían, estaban atrapados en el interior. El tren dobló una curva y se dirigió a toda velocidad contra ellos...

Esa noche todos los niños murieron. El autobús había recibido un fuerte impacto y muchos de ellos fueron arrollados por el ferrocarril. No hubo un solo sobreviviente.

Desde entonces se dice que las vías aquellas están malditas.

Por mera curiosidad, mi primo y yo decidimos visitarlas para averiguar si aquello era verdad, ignorando las advertencias de muchos vecinos. Recuerdo que al llegar nos estacionamos lo más cerca que nos fue posible; no estábamos midiendo las consecuencias de lo terrible que podía ser jugar al tonto en aquel lugar. El cielo se oscureció y permanecimos allí estáticos, simplemente esperando a que algo sucediera.

Estábamos tan nerviosos, que cuando mi primo me sugirió que volviéramos a casa no puse ningún pretexto. Sin embargo antes de que pudiera arrancar el coche, algo insólito sucedió: este comenzó a rodar solo

hasta las vías del tren.

Aterrados, nos abrazamos y tratamos de salir, pero fue en vano. Cinco minutos, seguramente los más largos de toda mi vida, transcurrieron hasta que el coche paró de moverse y finalmente, pudimos encenderlo. Ninguno de los dos pudo conciliar el sueño durante las horas siguientes. Decidimos salir de San Antonio esa misma noche y tras seis horas de camino sin hablar, fuimos capaces de estar frente a nuestro hogar.

Al bajarnos del vehículo, nos dimos cuenta de que este había acumulado una buena cantidad de polvo durante el camino. No obstante, no fue ese detalle el que nos heló la sangre.

Sin dar crédito a lo que veíamos, nos quedamos mirando las ventanas con atención. Decenas de manos pequeñas se encontraban marcadas sobre el vidrio.